

dras preciosas, y con báculos pastorales de plata, parándose delante del altar con capas pluviales de brocado, entonando lentamente las vísperas y otras fiestas con gran ceremonia, con un órgano y cantores, hasta que os quedáis estupefactos... Ciertamente, los primeros prelados no tenían tantas mitras, ni tantos cálices de oro; y se desprendían de los que tenían para ayudar á las necesidades de los pobres. Nuestros prelados obtienen sus cálices quitando á los pobres aquello que es su sostén. ¡En la Iglesia primitiva había cálices de madera y prelados de oro, pero ahora tiene la Iglesia cálices de oro y prelados de madera! »

Para obtener un poder soberano en Florencia, había entrado Pedro de Médicis en estrecha alianza con el papa y el rey de Nápoles. Pero de pronto los abandonó cuando supo que los franceses habían invadido á Italia. Ludovico, el Moro, usurpó el gobierno de Milán é invitó al rey de Francia, Carlos VIII, á que invadiera á Italia y emprendiera la conquista del reino de Nápoles. Conforme con esto pasó la frontera un ejército francés, y marchó hacia el sur. Saqueaban los pueblos y ciudades que tomaban, y barrían todos los obstáculos. Ocurriósele entonces á Pedro ir á presentarse á Carlos VIII, y hacer las paces con él. Pedro puso en sus manos la importante fortaleza de Sarzana, y el pueblo de Pietra Santa con las ciudades de Pisa y Leghorn.

El pueblo de Florencia se exasperó con la bajeza de su soberano. Negáronle la entrada en el palacio de los magistrados. Estaba en peligro su seguridad personal, y se fué precipitadamente á Venecia. Florencia estaba al borde de una revolución general.

Los partidarios de Médicis querían un rey; la masa del pueblo quería una república. Los dos partidos estaban á punto de desenvainar las espadas. Savonarola era el único hombre que tenía influencia con el pueblo. Lo reunió en el *Duomo*, y allí trató de apaciguarlo. Al mismo tiempo lo exhortaba al arrepentimiento, á la unión, á la caridad, á la fe. Así fué apaciguado el tumulto que parecía que iba á estallar.

Fué elegida una embajada, compuesta de los principales ciudadanos de Florencia, para presentarse al rey de Francia: entre ellos iba Savonarola. Los embajadores fueron en carruaje; Savonarola fué á pie, que era su modo habitual de viajar. Tuvieron los embajadores una entrevista con el rey, y fracasaron en su empeño. Á su regreso á Florencia se encontraron con Savonarola á pie. Fué solo al campo francés, y vió al rey. Pidióle, casi le exigió, que respetara la ciudad de Florencia, á sus mujeres, á sus ciudadanos y á su libertad. Poco después entró el ejército francés en Florencia sin oposición. La tropa emprendió el saqueo del palacio de los Médicis, y se llevó los más preciosos modelos del arte. Para esto se le agregaron hasta los mismos florentinos, que se llevaban públicamente ó hurtaban todo aquello que consideraban raro ó de valor. De ese modo, en un solo día, fueron destruidas ó dispersadas las ricas acumulaciones de medio siglo.

Cuando el ejército francés marchó hacia el sur, quedó Florencia sin gobernantes. Como por encanto habían desaparecido los partidarios de los Médicis. Á Savonarola se le dejó la dirección de la voluntad del pueblo. Respecto del futuro gobierno, le propuso al consejo que él había convocado, que fuera introducida la forma del que tenía Venecia. Decía que ése era el único que había sobrevivido á la ruina general, y había adquirido firmeza, poder y honra. Hubo una larga discusión sobre este asunto, hasta que el gobierno se estableció provisionalmente. De ese modo, fué establecida en un solo año la libertad en Florencia.

Savonarola continuó predicando. Exigía la reforma del Estado, la reforma de la Iglesia, la reforma de las costumbres. Insistía con el pueblo para que usara de la libertad. «La verdadera libertad, decía, la única que es libertad, consiste en la determinación de llevar una buena vida. ¿Qué clase de libertad puede ser aquella que nos somete á ser tiranizados por nuestras pasiones! Bien, pues, para volver al objeto de este discurso, ¿deseáis vosotros, los florentinos, la libertad? ¿Deseáis, ciudadanos, ser libres? Entonces, sobre todas las cosas,

amad á Dios, amad á vuestros vecinos, amaos unos á otros, amad á la patria. Cuando tengáis este amor y esta unión entre vosotros, entonces tendréis la verdadera libertad.»

Entre las cosas de valor práctico que introdujo la república, estaban la reducción de los impuestos, la mejora de la justicia, la abolición de la usura por el establecimiento de un Monte de piedad. Los prestamistas judíos habían estado cargando 32 y medio por 100 de interés sobre pequeñas cantidades prestadas á las clases trabajadoras. Por otra parte, el Monte de piedad fué establecido como una institución pública para hacer á los pobres, préstamos en las condiciones más caritativas. El establecimiento de esta institución, fué debido á los únicos esfuerzos de Savonarola. También hizo la república que volvieran los descendientes del desterrado Dante, quienes por ese tiempo estaban reducidos á la más extremada pobreza.

Al mismo tiempo había cambiado completamente el aspecto de la ciudad. Las mujeres abandonaron sus ricos adornos y se vestían con la mayor sencillez. Los jóvenes se hicieron modestos y religiosos. Durante las horas de descanso del medio día, se veían en sus tiendas á los mercaderes estudiando la Biblia ó leyendo alguna obra del fraile. Las iglesias estaban muy concurridas, y se daban abundantes limosnas á aquellos que las merecían. Pero lo más sorprendente de todo era ver á comerciantes y banqueros que devolvían, por escrúpulos de conciencia, sumas de dinero, que algunas veces ascendían á miles de florines, que habían adquirido indebidamente. Todo esto se realizaba por la influencia personal de un solo hombre.

Después de las fiestas de la cuaresma de 1495, quedó Savonarola completamente exhausto. Había vivido con poco alimento. Observaba estrictamente sus ayunos. Su lecho era el más duro, su celda era la más pobre y peor provista; él rechazaba toda comodidad. Si era severo con los demás, lo era muchísimo más consigo mismo. Enflaqueció hasta un grado extraordinario; sus fuerzas estaban visiblemente decaídas, y se agravaba su debilidad por un mal interior. «Sin embargo, dice Villari, era tal el valor indomable del fraile, que apenas habían con-

cluido las luchas políticas, cuando ya había emprendido una serie de sermones sobre Job. Su debilidad física, aumentaba su exaltación moral. Su mirada despedía fuego; todo su cuerpo se estremecía. Su declamación era más apasionada que de costumbre, pero al mismo tiempo más llena de ternura.»

Dice Burlamacchi: «Había predicado Savonarola un sermón terrible y alarmante, que fué escrito palabra por palabra y enviado al papa. Indignóse éste y mandó llamar á un obispo de la misma orden, hombre sapientísimo, y le dijo: «Contestad á este sermón, porque quiero sostener el debate contra ese fraile.» El obispo replicó: «Santo Padre, así lo haré, pero tengo que tener los medios para contestarle y poderle vencer. — ¿Qué medios? preguntó el papa. — El fraile dice que no debemos tener concubinas, ni estimular la simonía. Y lo que él dice es la verdad.» El papa repuso: «¿Qué tiene él que hacer con ello?» El obispo añadió entonces: «Recompensadle, y haced de él un amigo; honradle con el sombrero encarnado, para que abandone las profecías, y se retracte de lo que ha dicho.»

En 1495 fué amenazado Savonarola con el asesinato por los Arrabbiati, club florentino de conspiradores en favor de los Médicis. Creían que asesinando al fraile pondrían fin á la república. Á causa de esto le rodeó un cuerpo voluntario de hombres armados, y le acompañaron del *Duomo* hasta el convento de San Marcos. El papa, Borgia Alejandro VI, mandó una bula desde Roma, suspendiéndole el derecho de predicar y acusándole al mismo tiempo como propagador de doctrinas falsas. Mientras se le hizo callar, se prepararon los Arrabbiati á hacer revivir las desenfrenadas pasiones y las diversiones obscenas del carnaval. Savonarola procuró evitar esto por medio de la «Reforma infantil.» Los niños de sus partidarios se formaron en procesión, y anduvieron por las calles de Florencia recogiendo dinero para ser dado á los frailes de San Martín para alivio de los pobres.

Al fin retiró el papa su orden y permitió á Savonarola que

continuara predicando como antes. Ofreció hacer cardenal á Savonarola, á condición de que en lo futuro cambiara el estilo del lenguaje usado en sus sermones. La oferta le fué hecha y rechazada. En el sermón que predicó en la mañana siguiente en el *Duomo*, dijo: « No quiero sombrero encarnado, ni mitra, grande ni chica. No deseo sino aquello que le fué concedido á los santos: la muerte. Si yo hubiera aspirado á dignidades, abéis perfectamente que no andaría usando ahora hábitos raídos. Estoy completamente preparado para dar mi vida por el cumplimiento del deber. »

Cayeron grandes contratiempos sobre la república. Durante el sitio de Pisa fueron reducidos á gran miseria los florentinos. Veíase á los pobres muriéndose de hambre en las calles ó en los caminos públicos. En seguida estalló la peste é hizo inmensos estragos. Penetró en el convento de San Marcos; Savonarola envió al campo á los enfermos y á los medrosos, mientras que él permanecía con sus fieles adeptos. En la ciudad morían diariamente unas cien personas. Savonarola estaba siempre pronto para ir á las casas atacadas por la peste y administrar la extremaunción á los moribundos. Cedió la peste como al mes, y volvieron las conspiraciones contra la república.

La mayor parte del tiempo lo pasaba Savonarola en su convento. Estaba atareadísimo en escribir su *Triunfo de la Cruz* y en corregir las pruebas conforme se las enviaba el impresor. En ese tratado demuestra que el cristianismo fué fundado sobre la razón, el amor y la conciencia. Era una contestación completa á las bulas del papa, y fué adoptado como libro de texto en las escuelas y por la congregación de la *propaganda fide*. Á pesar de esto, lanzó el papa una excomunión contra Savonarola en mayo de 1497. Á todos les fué prohibido darle asistencia ninguna, ó tener con él comunicación, ni trato, como persona excomulgada y sospechada de herejía. La excomunión fué publicada con gran solemnidad al mes siguiente en la catedral. Allí se reunieron el clero, los frailes de muchos conventos, el obispo y los altos dignatarios. Leyóse

la bula del papa, después de lo cual fueron apagadas las luces, y todos permanecieron en el silencio y en la obscuridad.

Dos días después, estando cantando su servicio religioso los frailes de San Marcos, fueron interrumpidos por personas que gritaban ¡*afuera!* y arrojaban piedras contra las ventanas del convento. Los magistrados no intervinieron, y las cosas empeoraban de día en día. El desenfreno estaba otra vez en auge. Las iglesias quedaban vacías y llenas las tabernas. Se olvidaron todos los pensamientos de patriotismo. Éstos fueron los primeros frutos de la excomunión lanzada por Borgia sobre Savonarola. Se hicieron muchos esfuerzos para que la excomunión fuese retirada, pero en vano. El papa amenazó á la ciudad con un entredicho y con la confiscación de los bienes de los comerciantes florentinos establecidos en Roma. Ordenó á los *Signori* que enviasen á Savonarola á Roma. Contestaron que, desterrar al fraile de Florencia sería exponer la ciudad á los mayores peligros. En seguida le persuadieron á que predicara otra vez en la catedral, y así lo hizo. Predicó su último sermón el 18 de marzo de 1498.

Después se siguió un gran cambio en la opinión pública. Dió vuelta de pronto, como una veleta impelida por el viento. Savonarola había trabajado ocho años en la ciudad de Florencia. Había exhortado al pueblo á que se arrepintiese, á vivir en paz entre sí, á que luchara por la libertad, que abandonara el libertinaje y el juego, y, lo peor de todo en cuanto le concernía, había insistido en que procediera inmediatamente, con el auxilio de Dios, á hacer una reforma universal de la Iglesia. Había sido el hombre más popular de Florencia, y ahora era el más impopular. La marea había cambiado de súbito. Los adeptos de Savonarola habían desaparecido ó se escondían, pues ahora parecía que todo Florencia le era hostil.

Los franciscanos le desafiaron á la prueba del fuego; una de las costumbres extrañas de la edad media. Savonarola la rechazó, aunque su hermano Domingo estaba dispuesto á aceptarla, porque tenía gran fe en el fraile. Había otros que estaban dispuestos á unirle; pero Savonarola veía la completa

estultez y locura de la prueba propuesta, y rehusó entrar en el fuego. El convento de San Marcos fué atacado por el populacho, guiado por los *Compagnacci*, quienes resolvieron prenderle fuego. Algunos de los amigos de Savonarola estaban allí armados, y querían defender el lugar; pero él les dijo: « Dejadme ir, porque esta tempestad se ha levantado á causa mía: dejad que me entregue al enemigo. » Los frailes le prohibieron que se entregase.

Entonces enviaron los *Signori* un cuerpo de tropas á la Piazza. Los maceros ordenaron que todo el que se hallase en el convento depusiera las armas, y declararon que Savonarola quedaba desterrado, y se le ordenaba que abandonara el territorio florentino en el término de doce horas. Los hombres armados del convento quisieron defenderlo, muchos fueron muertos por ambas partes. Savonarola continuaba en oración. Por fin, viendo la destrucción de vidas adentro y fuera, apeló á sus hermanos y amigos para que abandonaran la defensa y les pidió que le acompañaran á la biblioteca, situada á espaldas del convento.

En medio de esa sala, bajo las bóvedas sencillas de Micheozzi, colocó el sacramento de la eucaristía, reuniendo en torno suyo á los hermanos, y se dirigió á ellos con sus últimas y memorables palabras: « Hijos míos; en presencia de Dios, hallándome delante de la sagrada hostia, y ya con mis enemigos en el convento, confirmo ahora mi doctrina. Lo que he dicho me ha venido de Dios, y Él me es testigo en el cielo de que es verdad lo que digo. No me podía imaginar que toda la ciudad pudiera haberse vuelto contra mí tan pronto; pero ¡cúmplase la voluntad de Dios! Mi último consejo para vosotros es éste: Que vuestras armas sean la fe, la paciencia, y la oración. Os dejo angustiado y con dolor, para pasar á manos de mis enemigos. No sé si me quitarán la vida; pero de esto estoy cierto, y es que muerto, podré hacer por vosotros mucho más en el cielo de lo que jamás haya podido hacer vivo en la tierra. Consolaos, abrazad la cruz, y con ello entraréis el cielo de salvación. »

Penetraron las tropas é hicieron prisionero á Savonarola. Sus manos le fueron atadas á la espalda, y llevado preso ante los *Signori*. El pueblo estaba feroz, y con dificultad se logró que no le asesinara. Dos de los hermanos insistieron en acompañarle. Una vez llegados á presencia de los *Signori*, fueron encerrados los tres frailes en sus respectivos calabozos. Á Savonarola se le dió el llamado Alberghettino — pequeña pieza en la torre del Palazzo — la misma en que Cosme de Médicis había estado preso algún tiempo.

Inmediatamente se puso en el tormento á Savonarola. Fué llevado á presencia de los magistrados, en la sala alta del Bargello; y, después de ser interrogado, amenazado é insultado, le ataron á la cuerda de izar. En esta especie de tortura se ponía una cuerda en una roldana asegurada al extremo de un poste elevado. La persona que iba á ser torturada tenía atadas las manos á la espalda, el extremo de la cuerda era enroscado en sus muñecas; y en esta posición era izado por el verdugo, y en seguida se le dejaba caer de pronto. Al ser tirados los brazos para atrás y hacia arriba, tenían que describir un semicírculo. De ese modo eran despedazados los músculos, y todos los miembros se estremecían de agonía. Cuando se repetía algunas veces, era seguro que el castigo producía el delirio y la muerte.

Desde su más tierna edad había sido Savonarola, de constitución delicada y sensitiva, y á consecuencia de su habitual abstinencia, de sus largas veladas, su predicar casi nunca interrumpido, y su seria enfermedad interna, estaba tan débil y nervioso que se podía decir que su vida era un estado constante de sufrimiento, y que únicamente se conservaba por la fuerza de su decidida voluntad. Todo lo que le ocurrió en sus últimos días — sus peligros, los insultos que había recibido, su pesar al verse abandonado por el pueblo de Florencia — no dejó de agregar algo á su sensibilidad. En este estado fué sometido á esa tortura violenta y cruel. Fué izado con la cuerda y dejado caer de pronto varias veces. Su espíritu empezó pronto á divagar, sus contestaciones se hicieron

ron incoherentes, y finalmente, como si desesperara de sí mismo, exclamó con voz capaz de ablandar á un corazón de piedra : « ¡Oh Señor! tomad, ¡oh! ¡tomad mi vida! »

Por fin se suspendió la tortura. Fué llevado otra vez á su calabozo destrozado y sangrando. Apenas y difícilmente puede uno imaginarse sus sufrimientos en aquella noche. Apareció el nuevo día, y hacia el medio día volvió á continuar el titulado juicio. Todos los jueces eran enemigos suyos. Fué interrogado, y él contestó. Un abogado florentino, Cecone, oyendo quejarse á los *Signori* de que no podían hallar nada contra Savonarola, dijo : « Donde no existe causa, debemos inventarla. » Le fueron ofrecidos cuatrocientos ducados por los jueces, si hacía una minuta falsa del interrogatorio, con alteraciones en las contestaciones, hechas de modo que quedara asegurada la condenación del fraile.

Continuó la tortura día por día, durante las tristes horas de la cuaresma y la triunfante alegría de las pascuas. Los interrogatorios continuaron durante un mes. Un día fué Savonarola izado con la cuerda y dejado caer violentamente al suelo catorce veces. Jamás flaqueó en su valor. Su cuerpo se estremeaba de dolor, pero su resolución era inquebrantable. Le aplicaron brasas encendidas en las plantas de los pies. Pero su alma no cedió jamás. Volvió á ser mandado á su prisión, donde permaneció un mes.

Los comisionados del papa llegaron el 15 de mayo de 1498. Volvió á ser sometido Savonarola á un tercer interrogatorio. Por mandato del cardenal Ramolino, fué desnudado otra vez y torturado con crueldad salvaje. Se puso delirante, y daba contestaciones incoherentes, que el abogado alteraba completamente. Le hizo decir lo que querían que dijera los jueces. Y sin embargo, fracasaron por completo en sus propósitos. Las minutas del interrogatorio jamás fueron firmadas ni publicadas.

Los comisionados se reunieron el 22 de mayo, y sentenciaron á muerte á los tres frailes, con la aprobación de los *Signori*. Á los frailes se les comunicó inmediatamente la sentencia.

Estaban completamente preparados para ello. Domingo recibió el anuncio de su muerte como si hubiese sido una invitación para una fiesta. Á Savonarola se le encontró de rodillas, orando. Cuando oyó la sentencia, continuó sumido en sus oraciones. Al aproximarse la noche le fué ofrecida la cena, pero la rehusó, diciendo que era necesario que preparara su espíritu para la muerte.

Poco después entró en su calabozo un monje, Jacobo Niccolini. Estaba vestido de negro, y su rostro se hallaba cubierto con una caperuza negra. Era un Battuto, miembro de una asociación que voluntariamente asistía á los últimos momentos de los criminales sentenciados. Niccolini le preguntó á Savonarola si podía hacer algo en servicio suyo. « Sí, contestó : empeñaos con los *Signori* para que me permitan tener una corta conversación con mis dos compañeros de prisión, á quienes deseo decir algunas palabras antes de morir. » Mientras Niccolini fué á llenar su misión, llegó un fraile benedictino para confesar á los presos, quienes, arrodillados devotamente, llenaron con mucho fervor su deber religioso.

Una vez más volvieron á reunirse los frailes. Era la primera que se veían después de cuarenta días de encarcelamiento y de torturas. Ahora ya no tenían más pensamiento que llegar á la muerte con valor. Los dos hermanos se pusieron de rodillas, á los pies de Savonarola, su superior, y recibieron devotamente su bendición. Ya estaba muy entrada la noche cuando regresó á su calabozo. Allí estaba el benévolo Niccolini. Como una muestra de afecto y de gratitud, se sentó Savonarola en el suelo y se durmió en las faldas del monje. Parecía que soñaba y se sonreía, tal era la serenidad de su espíritu. Al rayar el día se despertó y habló á Niccolini. Trató de grabar en su espíritu las futuras calamidades de Florencia.

Por la mañana volvieron á encontrarse los tres frailes para recibir los sacramentos. Savonarola los administró con sus propias manos. Los recibieron con alegría y consuelo. Fueron llevados en seguida á la Piazza. Habían sido erigidas tres tribunas en el Ringhiera, en que fueron colocados el obispo de

Vasona, el comisionado del papa, y el Gonfaloniero. El patíbulo se extendía hasta la plaza del *Palazzo Vecchio*. En el extremo estaba una viga de la cual pendían tres cuerdas, y tres cadenas. Los tres frailes debían morir ahorcados por las cuerdas, y las cadenas serían después envueltas en sus cadáveres mientras que el fuego debajo de ellos los consumiría.

Los presós bajaron las escaleras del *Palazzo*. Fueron despojados de sus ropas, dejándoles únicamente sus camisas. Sus pies estaban descalzos y sus manos atadas. Primeramente fueron conducidos ante el obispo de Vasona, quien pronunció su degradación. El obispo tomó el brazo de Savonarola y le dijo: « Te separo de la Iglesia militante y triunfante. » Entonces le corrigió el fraile, diciendo: « Militante, *no triunfante*, ¡eso no os corresponde! » En seguida fueron llevados ante el comisionado del papa, quien los declaró cismáticos y herejes. Finalmente fueron llevados ante el Otto, quien, de conformidad con la costumbre, puso á votación su sentencia, que se dictó sin voto contrario.

Ya estaban listos para la ejecución. Los frailes marchaban hacia el patíbulo con paso firme. Un sacerdote, llamado Nerrotti, dijo á Savonarola: « ¿En qué estado de espíritu sufrís este martirio? » Á lo cual contestó este: « ¡El Señor ha sufrido lo mismo por mí! » Éstas fueron las últimas palabras que pronunció. Primeramente fué ejecutado fray Silvestre, en seguida fray Domingo; después de lo cual se le indicó á Savonarola que tomara el sitio vacante entre los dos. Llegó á la parte superior de la escalera, y miró al pueblo que antes había estado pendiente de sus labios en el *Duomo*. ¡Qué cambio! la variable muchedumbre vociferaba ahora por su muerte. Puso su pescuezo en la cuerda, y fué ahorcado por el verdugo. Su muerte fué instantánea. Las cadenas fueron arrolladas en torno de los cuerpos de los frailes, y el fuego los consumió en breve. Sus cenizas fueron recogidas y arrojadas del *Ponte Vecchio* al Arno. La ejecución tuvo lugar el 23 de mayo de 1498, cuando Savonarola tenía sólo cuarenta y cinco años.

Aunque Lutero le canonizó como mártir del protestantismo,

no fué por esta causa por la que se le dió muerte¹; sino por su inmenso amor á la libertad. Su objetivo no era desertar de la Iglesia, sino estrechar los vínculos de la libertad y de la religión, restaurando á ambas en sus verdaderos principios. Por esto fué por lo que sufrió su martirio; por esto por lo que dió su vida por su Dios y por su patria. Cuando las reformas que pedía con insistencia, hayan progresado hasta llegar á ser una realidad en los hechos, habrá alcanzado el cristianismo su verdadero y completo desarrollo, é Italia podrá estar otra vez á la cabeza de una civilización renovada.

Florenia es una de las ciudades mas memorables. Ha sido residencia de grandes pensadores, de grandes poetas y de grandes artistas, del Dante, Galileo, Leonardo de Vinci, Miguel Ángel, Rafael², Donatello, Lucas della Robbia, Maquiavelo y muchos hombres ilustres. Allí se ven « la estatua que encanta al mundo, » las gloriosas obras de los más grandes pintores de Italia, el observatorio de Galileo, el sitio en que nació Dante, el lugar en que nació Lorenzo de Médicis, el hogar y la tumba de Miguel Ángel.

Pero quizá los más interesantes sitios de Florenia son el *Duomo*, en el cual predicaba Savonarola con elocuencia apasionada; el convento de San Marcos, en donde vivió su vida de pobreza, de devoción y de estudio, y el *Palazzo della Signoria*, donde fué entregado en manos de tiranos, y murió con la muerte de un mártir. En el convento de San Marcos podéis ver la pequeña celda en que vivió, la Biblia en que leía y de la cual predicaba desde el púlpito, una pequeña Biblia de mano; sus márgenes están cubiertas de innumerables notas autógrafas, en una letra tan pequeña que casi es imposible poderlas leer sin la ayuda de un microscopio. Todo esto se puede ver, así como su retrato, sus manuscritos, sus emblemas de devoción, y otros muchos recuerdos interesantes.

1. En verdad, Savonarola era más católico que los mismos católicos. Uno de los cargos que más frecuentemente hacia contra los sacerdotes, era la falta de fe en la transubstanciación.

2. Nacido en una dependencia de Florenia.

Ya hace mucho tiempo que Italia ha revocado el destierro del Dante de Florencia, y lo ha censurado, levantando estatuas á su memoria en todas las grandes ciudades. ¿Por qué no ha de poder hacer justicia también á Savonarola, el patriota y mártir, y erigirle un monumento, que sirva de ejemplo para los tiempos venideros? El sitio está allí, la plaza del *Palazzo Vecchio*, donde tan valerosamente entregó su vida por la causa de la libertad religiosa y de la libertad humana.

CAPÍTULO VII

El Marino.

Inglaterra, circundada por el triunfante mar, cuyas rocallosas costas reflejan las curiosas olas del acuoso Neptuno. — FALCONER¹.

Pero, en tí, ¡oh glorioso y bello mar! hay salud, y alegría, y bendición; oigo tu voz, solemne y dulce, invitándome á llorar, y á regocijarme, llorar por los seres queridos enterrados en las profundidades, regocijarme en Aquel que ha vencido á la muerte. — CAPITÁN HARE, del *Eurydice*².

En la proa del barco está el don de otro mundo. Sin eso, ¿qué prisión sería tan fuerte como ese mar blanco y sollozante? pero en los clavos que unen las tablas de la proa del barco están los remaches de la asociación del mundo. Sus hierros hacen algo más que atraer los rayos del cielo, conducen el amor al rededor de la tierra. — RUSKIN³.

El mar ha criado á los hombres más valerosos. Los peligros de la vida de marino educan á los hombres en el valor; y no solamente en el valor, pero también en el sentimiento profundo del deber. La vida del marino es vida de paciencia, de

1. England, bound in with the triumphant sea,
Whose rocky shore beats back the curious surge
Of watery Neptune. — FALCONER.
2. But oh! thou glorious and beautiful sea,
There is health and joy and blessing in thee:
Solemnly, weethy, I hear thy voice,
Bidding me weep and yet rejoice —
Weep for the loved ones buried beneath,
Rejoice in Him who has conquered death.

CAPTAIN HARE of the *Eurydice*.

3. In the bow of the boat is the gift of another world. Without it, what prison would be so strong as that white and wailing sea? But the nails that fasten together the planks of the boat's bows are the rivets of the fellowship of the world. Their iron does more than draw lightning out of heaven; it leads love round the earth. — RUSKIN.